

VALERIANO GÓMEZ SÁNCHEZ

**Portavoz socialista en la Comisión de Economía y Competitividad
del Congreso de los Diputados**

LAS REFORMAS ECONÓMICAS Y FISCALES PENDIENTES

Para entender cómo se organiza, se relaciona y evoluciona el mundo, siempre es obligado tener en cuenta los parámetros y fundamentos económicos. Y hoy, en los tiempos que corren, es más necesario que nunca hablar de esa disciplina, de la economía, como también es más necesario que nunca hablar de política y de ideología. Para encontrar las soluciones y poder entender por qué estamos dónde estamos, qué es lo que está pasando, hacia dónde queremos ir y, en consecuencia, qué es lo que deberíamos o podríamos hacer, la política y la ideología, además de la economía, están imbricadas y juegan un papel fundamental.

Particularmente, en este seminario de socialdemocracia y economía, me satisface poder hablar de socialismo y fiscalidad, que es lo que hoy nos ocupa, pues tengo que reconocer que estos temas, en el marco de lo que es la política económica, y junto con la política socio laboral, ha estado y está en el vértice de mis preocupaciones y de mi interés.

Perspectiva histórica

Me interesa especialmente incidir en una perspectiva histórica. Es decir, lo que significa fiscalidad y socialdemocracia y qué papel tiene la

fiscalidad en el devenir de la socialdemocracia europea, sobre todo de la socialdemocracia europea, naturalmente, porque en realidad, si lo pensamos bien, no hay mucha más socialdemocracia en el mundo (me refiero a realidades sociales consolidadas no a opciones políticas) y solo un poco en Oceanía.

Es desde esa óptica desde la que me vais a permitir que enfoque un conjunto de reflexiones y algunas conclusiones finales.

Hace algún tiempo se publicó en España un libro: "Las confesiones de un burgués", de Sandor Marái. Este escritor e intelectual comprometido con la libertad y la democracia, y definido por sí mismo como liberal y miembro de la "burguesía humanista", que dedicó todos sus esfuerzos a combatir la dictadura comunista en Hungría, pensaba que todos los problemas de su país devenían del hecho de que los ricos habían descubierto demasiado tarde que era necesario pagar impuestos.

Pues bien, en mi opinión la política socialdemócrata representa en esencia aquel combate que desde el punto de vista histórico trata de hacer posible que se superara esta vieja enemistad entre igualdad y eficiencia, entre justicia y competitividad. Una hermandad tan difícil de hacer compatible estos dos conceptos que Berlin, -Isaías Berlin-, siempre insistía en la dificultad de obtenerlos a la vez. Algo que la humanidad tenía derecho a buscar pero no siempre tenía la posibilidad de encontrar. La socialdemocracia, por tanto, es precisamente eso, es la lucha histórica por encontrar un camino que permita hacer compatible estos dos conceptos. Y aquí, el papel de la política fiscal adquiere relevancia fundamental.

Desde el punto de vista histórico este combate comienza al final del siglo XIX. Entonces, los mejores liberales pensaban que no era posible. Gente como Edgeworth o incluso Stuart Mill pensaban que al final las necesidades derivadas de la competitividad harían imposible este combate.

Alguno de ellos pensaba, incluso, que no era posible luchar ni siquiera contra el trabajo infantil, porque habría que cerrar todas las fábricas del Reino Unido (hay que recordar que entonces la gran fábrica del mundo -el Reino Unido- era la China y la Alemania actual, y era necesario efectivamente mantener la competencia y eso no era posible, se pensaba, si la legislación laboral combatía, por ejemplo, iniquidades como el trabajo infantil).

Ahora sabemos que es posible hacerlo, sabemos que es posible introducir mayores niveles de igualdad en el ámbito de la regulación laboral sin menoscabo de la eficiencia, sabemos que fue posible ir progresivamente atendiendo a las grandes necesidades sociales y sabemos que fueron precisamente los países desarrollados los que primero lo hicieron sin perder su papel en la economía mundial.

Lo que diferencia la fiscalidad del siglo XX en su final y del comienzo del XXI, de la fiscalidad de mediados del siglo XIX, es esencialmente la política social.

La fiscalidad durante toda la historia anterior, al menos desde la edad media, fue fundamentalmente la fiscalidad militar, vinculada al mantenimiento del gasto en defensa y al mantenimiento del gasto suntuario de la casa real correspondiente. Por tanto, lo que nos separa de la fiscalidad del siglo XIX es la atención a las nuevas políticas sociales que surgen en esa vieja pretensión de hacer posible la búsqueda de la

igualdad en un mundo como el que vivían los viejos socialdemócratas de comienzos del XIX.

La búsqueda de la igualdad

Los liberales creían que no era posible y nosotros siempre pensamos que sí. Que era posible. Y en ese combate vencimos resistencias y demostramos la compatibilidad y la posibilidad de equilibrio entre igualdad y justicia. En ese combate ganamos en eficiencia en el ámbito de las empresas y también ganamos en igualdad y justicia en el conjunto de la sociedad.

En esa batalla ganamos en eficiencia provocando una mayor exposición universal de toda la población a la educación.

Produjimos efectivamente la búsqueda y la obtención final en Europa de una sanidad prácticamente universal, que sabíamos muy bien que era una gran palanca para el crecimiento y no solo para la igualdad y la justicia.

En esa lucha obtuvimos también fuertes niveles de protección por desempleo, que no eran un elemento de ineficiencia, como decían los liberales, no solamente no lo eran sino que, además, en muchos aspectos también estimulaban un mejor ajuste en el mercado de trabajo. Ni era entonces la protección por desempleo, como se decía, un gran enemigo de la eficiencia económica, ni lo es ahora tampoco, lo que hay es que saber administrarla bien. Porque además de ser un estabilizador económico es también un imprescindible estabilizador social.

En ese combate, también obtuvimos importantísimas dosis de consumo interno sobre la base de asegurar el futuro. Esto a lo que se

refería antes Pedro Saura. Si el horizonte es finito, efectivamente es bueno tener esquemas de previsión social porque eso favorece el consumo, porque el ahorro se produce a lo largo de la vida y tenemos la garantía de que al final de ella nuestras necesidades estarán cubiertas.

Los esquemas, estoy pensando en China en estos momentos, que no tienen niveles adecuados de protección social, lo que estimulan es un ahorro permanente y excesivo que perjudica al conjunto del funcionamiento económico.

En esa liza también hubo que financiar políticas adicionales en el ámbito de la vivienda y del urbanismo. Esta no era una idea nueva, el urbanismo fue uno de los primeros bienes públicos en términos históricos. Pero ahora se trataba también de impulsar el acceso universal a la vivienda.

Yo creo que el mundo que vivimos hoy es un mundo que se parece mucho al mundo que trataron de reconstruir nuestros antepasados en el periodo de entreguerras. Es un mundo en el que todos buscaban restablecer un esquema como el que había funcionado razonablemente bien antes de la I Guerra Mundial. Un mundo en el que se pretendía regular a través del restablecimiento del patrón oro. Pero también, un mundo que había cambiado, por cierto, y mucho, en los lustros anteriores y un mundo en el que las organizaciones sindicales habían crecido mucho en su papel e influencia en las economías avanzadas.

Barry Eichengreen (La globalización del capital. Historia del sistema monetario internacional) decía que la principal explicación para la ruptura de aquél mundo, el mundo del patrón oro, estaba precisamente en el surgimiento de las organizaciones sindicales.

Porque con su pretensión de hacer posible una política que equiparara y que hiciera viable igualdad y eficiencia, su aparición hacía a la vez imposible el mantenimiento del patrón oro, porque impedía la práctica de devaluaciones rápidas, cuando los países llegaban a ese punto en el que expulsaban el oro de sus economías.

Fiscalidad y moneda única

En realidad este es en lo esencial el reto al que nos enfrentamos en este momento. Un momento en el que lo más parecido que hay al patrón oro es la pretensión de construir una moneda única entre países y economías que tienen sus semejanzas, por supuesto. Que han logrado niveles de renta y de desarrollo importantes, pero que también mantienen diferencias suficientemente significativas como para pensar en que efectivamente no se trata de una tarea fácil.

Un gran reto, el de la construcción de un área como la nuestra que tiene en el fondo un patrón oro, sí, pero un patrón oro es una moneda única, porque en realidad aunque hace 80 años, 90 años, existía la libra, existía el franco francés, el marco, todas ellas estaban vinculadas por un esquema de tipo de cambio que, al vincularlo a un peso en oro, en realidad mantenía fija la estabilidad de las monedas entre sí. Este es el reto hoy, y lo que nos preguntamos es qué papel tiene la política fiscal y qué tipo de política fiscal podemos defender los socialdemócratas para Europa en un momento como el presente.

Ya se ha dicho aquí, vivimos un momento también en el que aparecen nuevos problemas y nuevas tensiones, en este caso, dificultades vinculadas al estallido de unas de las recurrentes crisis financieras por las que las economías han atravesado a lo largo de su historia, en más de una, en más de diez y en más de veinte ocasiones. El otro día releía

el libro de Kenneth y Reinhart, titulado “Esta vez es distinto: ocho siglos de necesidad financiera”, en el que los autores repasan todas las crisis que se han atravesado, de las que se tienen datos en la economía mundial y europea. Y el mensaje es claro: cualquier crisis en la historia del capitalismo obedece a las mismas causas y trae consecuencias sociales semejantes, lo distinto es la incapacidad para reconocer las analogías y el tratamiento de los factores distintos que la provocan cada vez.

Esta vez, por tanto, tampoco es diferente, nunca es diferente. Siempre es la misma forma de desarrollarse, el mismo ambiente que precede a las crisis financieras. Esta que atravesamos ha sido una más, en este caso vinculada a la actividad inmobiliaria, en otras vinculadas a otro tipo de actividades, pero siempre siguen las mismas pautas.

El papel de la socialdemocracia

Volviendo a la dialéctica histórica, la pregunta que procede es qué puede y debe hacer la socialdemocracia en una situación como actual, en el marco de un área de moneda única y donde en efecto nuevos interrogantes se abren en el nuevo y dinámico contexto de la globalización.

Vivimos momentos económicos en el que los equilibrios en el plano internacional se han alterado profundamente en los últimos años. Vemos el nuevo papel de grandes economías como la china o como la hindú, también la brasileña, todo el mundo de lo que llamamos economías emergentes, que ya no lo son, como dice muchas veces Felipe: tan emergentes que ya han emergido y lo hacen incluso mejor que nosotros en muchos aspectos

En mi opinión, por tanto, el principal problema es tratar de redescubrir cual es el papel de una política fiscal que pueda sostener el edificio que construyeron los viejos socialdemócratas en la alianza con los mejores liberales y con el mundo cristianodemócrata en la construcción de Europa. El sostenimiento de ese edificio tiene que basarse en primer lugar en pensar que no es del todo cierto que haya una cierta sobrecarga fiscal como se decía hace ya 30 años casi. Hay un nivel de convergencia que produce un periodo de tránsito en el cual nosotros, en efecto, tenemos dificultades para competir sosteniendo o queriendo sostener ese edificio social que construyeron nuestros mayores. Eso sí, entonces, en un mundo en el cual era Europa y las principales islas de Oceanía, los que competían y eran capaces de sostener el mundo en el que vivíamos.

Pero hoy esto no es así, y hoy efectivamente nuevas economías se incorporan a la competencia, economías que mientras tanto están produciendo muchas, enormes dificultades en los países desarrollados.

Una reciente obra de Pisani-Ferry (El despertar de los demonios. Cómo salir de la crisis del euro), advertía que cuando Portugal, por ejemplo, cierra una empresa textil, no se relocaliza en Alemania, probablemente se relocaliza en Marruecos, probablemente en Pakistán. Seguramente los portugueses compran textiles chinos. Sí, pero mientras tanto, los pakistaníes y los chinos, los dueños de esas empresas, de clase media, vinculados a ese sector textil, lo que compran son maquinaria alemana, y lo que compran son buenos BMW alemanes.

Se deslocaliza la producción textil en una parte del sur de Europa y el resultado es que se produce un nivel de crecimiento altísimo en una de las principales economías europeas. No hace falta que sea Alemania, puedo exponer el ejemplo danés, yo soy de Jaén y las máquinas con las que se produce el aceite son danesas.

Pues bien, lo que quiero decir con esto es que la globalización también produce este tipo de efectos y, ahora, ya, lo que tenemos que pensar es en qué parte de la política fiscal en la que siempre pensamos y siempre creímos los socialdemócratas, qué parte de esa política fiscal sigue sirviendo para el futuro y qué nuevos elementos podemos incorporar. En mi opinión, pienso que sigue siendo posible mantener los grandes elementos de la política fiscal que practicaron las principales economías europeas durante la segunda mitad del siglo XX.

Creo que es posible seguir manteniendo una imposición sobre la renta progresiva, con tipos marginales que estén en el entorno del 50%. Considero que es posible también y es necesario el mantenimiento del impuesto sobre sociedades con tipos medios efectivos que no estuvieran demasiado alejados del 20% y, por consiguiente, tipos medios algo más bajos de los que tuvieron en la década de los 60 y los 70 las sociedades europeas.

Es posible también mantener un esquema de cotizaciones sociales que no se separen mucho, en el caso español, del tipo medio actual, y esto significa que no debemos producir mayores incrementos en nuestras cotizaciones sociales.

Igualmente, si no fuera por razones que tienen que ver con nuestro modelo autonómico y con nuestra actual coyuntura económica, creo que sería posible también introducir algún tipo de intercambio entre impuestos indirectos (o directos) y cotizaciones sociales. Sé que ésta es una opinión que no tiene por qué ser compartida pero estoy dispuesto a discutirla, algún tipo de intercambio, aunque no creo que el actual sea el momento adecuado.

Imposición verde

Es necesario introducir nuevos elementos en el ámbito impositivo, de manera especial y fundamental, en todo lo que se ha denominado imposición verde. Parece que ésta debe de ser y tiene que ser la gran novedad fiscal del siglo XXI, como creo que, junto a ella, debemos introducir una imposición sobre las transacciones financieras en el ámbito internacional, que espero veamos pronto. Nuestros antepasados no vieron un sistema de pensiones como el que tenemos, pero nosotros sí veremos una mayor y mejor imposición verde y veremos también un impuesto sobre transacciones financieras. Lo que no sé muy bien, y con esto termino, es si veremos acabar con los paraísos fiscales.

En mi opinión, ésta debe ser nuestra más importante pretensión junto a las que antes he comentado, aunque no estoy seguro de que las sociedades europeas y el mundo progresista tengamos hoy la fuerza suficiente como para poder acabar con esa dificultad. En realidad la principal dificultad hoy, el principal obstáculo para el desarrollo de la política fiscal de la socialdemocracia en Europa, es la existencia de paraísos fiscales.

Son estos tres ámbitos, referidos anteriormente: transacciones financieras, imposición ecológica (impuestos verdes) y el combate decidido contra los paraísos fiscales, los principales retos de la política fiscal de la socialdemocracia en Europa durante los próximos lustros.